

DE LA LIBERTAD

DE LOS ANTIGUOS

COMPARADA CON LA DE LOS MODERNOS.

Discurso pronunciado en el Ateneo de Paris.

SEÑORES,

ME propongo hoy someter á vuestro exámen algunas distinciones bastante nuevas todavía entre dos géneros de libertad, cuyas diferencias no han sido advertidas hasta el dia, ó al menos se ha dicho muy poco sobre ellas. La una es la libertad, cuyo ejercicio era tan amado de los antiguos pueblos; la otra aquella, cuyo goce es particularmente precioso á las naciones modernas. Esta indagacion será

interesante, si yo no me engaño, bajo dos respetos.

Primeramente, la confusion de estas dos especies de libertad ha sido entre nosotros durante las épocas mas célebres de nuestra revolucion la causa de muchos males. Se ha visto á la Francia fatigarse en ensayos inútiles, cuyos autores irritados por su poco suceso han intentado obligarla á gozar del bien que no queria, y le han disputado el que queria. En segundo lugar, llamados por nuestra revolucion á gozar de los beneficios de un gobierno representativo, es curioso y útil el indagar, porqué este gobierno, el único á cuyo abrigo podemos encontrar alguna libertad y tranquilidad, ha sido casi enteramente desconocido á las naciones libres de la antigüedad. Yo sé bien que se ha pretendido seguir en alguna manera las huellas de ciertos pueblos de la antigüedad, como de la república de Lacede-

monia, por ejemplo, y de nuestros antepasados los Galos, pero con muy poca exactitud.

El gobierno de Lacedemonia era una aristocracia monacal, y de ningun modo un gobierno representativo. La autoridad de los reyes estaba limitada, pero lo estaba por los Éphoros, y no por hombres investidos de una mision semejante á aquella que la eleccion confiere en este tiempo á los defensores de nuestras libertades. Aquellos magistrados, no hay duda, despues de haber sido instituidos por los reyes, fueron nombrados por el pueblo; pero no eran mas que cinco en número. Su autoridad era religiosa del mismo modo que política; tenian parte aun en la administracion del gobierno, es decir, en el poder ejecutivo; y en este hecho su prerogativa, como la de casi todos los magistrados populares en las antiguas repúblicas, lejos de ser simplemente una barrera contra la tiranía, lle-

gaba á ser algunas veces ella misma una tiranía insoportable.

El régimen de los Galos, que se parecia bastante á aquel que queria darnos un cierto partido, era teocrático y guerrero al mismo tiempo; los sacerdotes gozaban de un poder sin límites; la clase militar y la nobleza poseian privilegios muy insolentes y opresivos; y el pueblo estaba sin derechos ni garantías. En Roma los tribunos tenian hasta cierto punto una mision representativa; eran los órganos de aquellos plebeyos que la oligarquía (que en todos los siglos es la misma) habia sometido, al echar á tierra á los reyes, á una dura esclavitud. El pueblo ejercia siempre directamente una gran parte de los derechos políticos: se reunia para votar las leyes, y para juzgar los patrios puestos en acusacion: no habia, empero, en Roma sino débiles vestigios del sistema representativo.

Este sistema es un descubrimiento de

los modernos; y vosotros veréis, señores, que el estado de la especie humana en la antigüedad no permitia que una institucion de esta naturaleza se introdujera y estableciese. Los antiguos pueblos no podian conocer sus necesidades ni sus ventajas: su organizacion social les conducia á desear una libertad del todo diferente de aquella que nos asegura este sistema: punto que demostraré con toda la exactitud que me sea posible.

Preguntemos desde luego lo que en este tiempo entienden un ingles, un frances, ó un habitante de los Estados Unidos de América por la palabra *libertad*. No es para cada uno de estos otra cosa mas que el derecho de no estar sometido sino á las leyes, no poder ser ni detenido, ni preso, ni muerto, ni maltratado de manera alguna por el efecto de la voluntad arbitraria de uno ó de muchos individuos: es el derecho de decir su opinion, de escoger su industria, de ejercerla, y de dis-

poner de su propiedad, y aun de abusar si se quiere, de ir y venir á cualquiera parte sin necesidad de obtener permiso, ni de dar cuenta á nadie de sus motivos ó sus pasos : es el derecho de reunirse á otros individuos, sea para conferir sobre sus intereses, sea para llenar los dias ó las horas de una manera la mas conforme á sus inclinaciones y caprichos : es en fin para todos, el derecho de influir ó en la administracion del gobierno, ó en el nombramiento de algunos ó de todos los funcionarios, sea por representaciones, por peticiones ó por consultas, que la autoridad está mas ó menos obligada á tomar en consideracion. Comparad entre tanto esta libertad á la de los antiguos.

Esta consistia en ejercer colectiva pero directamente muchas partes de la soberanía toda entera; en deliberar en la plaza pública sobre la guerra y la paz; en concluir con los extrangeros tratados

de alianza; en votar las leyes, pronunciar las sentencias, examinar las cuentas, los actos, las gestiones de los magistrados, hacerlos comparecer delante de todo el pueblo, acusarlos, y condenarlos ó absolverlos. Pero al mismo tiempo que todo esto era lo que los antiguos llamaban libertad, admitian como compatible con esta libertad colectiva la sujecion completa del individuo á la autoridad de la multitud reunida. No encontrareis en ellos casi ninguno de los beneficios y goces que hemos hecho ver hacian parte de la libertad en los pueblos modernos. Todas las acciones privadas estaban sometidas á una severa vigilancia : nada se concedia á la independenciam individual ni bajo el concepto de opiniones, ni del de industria, ni de los otros bienes que hemos indicado. En las cosas que nos parecen las mas útiles, la autoridad del cuerpo social se interponia, y mortificaba la voluntad de los particulares. Ter-

pandro no pudo entre los Esparciatas añadir una cuerda á su lira, sin que los Éphoros se diesen por ofendidos. Aun en las relaciones domésticas mas ocultas tambien intervenia la autoridad : un jóven lacedemonio no podia visitar libremente á su nueva esposa : en Roma los censores escudriñaban hasta lo interior de las familias : las leyes arreglaban las costumbres ; y como estas tienen conexion con todo, nada habia que aquellas no pretendiesen arreglar.

Asi entre los antigüos, el individuo, soberano casi habitualmente en los negocios públicos, era esclavo en todas sus relaciones privadas. Como ciudadano decidia de la paz y de la guerra ; como particular esaba circunscripto, observado y reprimido en todos sus movimientos ; como porcion del cuerpo colectivo preguntaba, destituia, condenaba, despojaba, desterraba y decidia de la vida de los magistrados ó de sus superiores ; pero

como sometido al cuerpo colectivo podia llegar tambien ocasion de ser privado de su estado, despojado de sus dignidades, arrojado del territorio de la república, y condenado á muerte por la voluntad discrecionaria del todo de que hacia parte. Entre los modernos al contrario, el individuo, independiente en su vida privada, no es soberano mas que en la apariencia aun en los estados mas libres : su soberanía está restringida y casi siempre suspensa : y si en algunas épocas fijas, pero raras, llega á ejercer esta soberanía, solo lo hace rodeado de mil trabas y precauciones, y nunca sino para abdicarla.

Pero debo aquí detenerme un instante para prevenir una objecion que podria hacerseme. « En la antigüedad, se me » dirá, habia una república, en la cual no » habia, como acaba de pintarse, la esclavitud de la existencia individual del » cuerpo colectivo : esta república es la

» mas célebre de todas, á saber, la de
 » Atenas. » Pero mas adelante explicaré
 la causa conviniendo, como convengo,
 en la verdad del hecho. Allí veremos
 porqué de todos los estados antiguos el
 de Atenas es el que mas se parece á los
 modernos. Por todas partes la jurisdic-
 cion social era allí limitada. Los anti-
 guos, como dice Condorcet, no tenían
 nocion alguna de los derechos individua-
 les. Los hombres no eran, por expli-
 carme así, sino máquinas, cuyos resortes
 y ruedas regulaba y dirigia la ley. La
 misma sujecion caracterizaba á los bellos
 siglos de la república romana: el in-
 dividuo estaba en alguna manera co-
 mo perdido en la nacion, y el ciuda-
 dano en la ciudad. Pero vamos actual-
 mente á subir hasta el origen de esta
 diferencia esencial entre los antiguos y
 nosotros.

Todas las repúblicas de los primeros
 tiempos estaban reducidas á límites es-

trechos. La mas poblada, la mas pode-
 rosa, la mas considerable entre ellas no
 era igual en extension al mas pequeño
 de los estados modernos. Por una conse-
 cuencia inevitable de su poca extension,
 el espíritu de esta república era belicoso:
 cada pueblo estaba rozándose continua-
 mente ó incomodando á sus vecinos, ó
 era incomodado por ellos. Constituidos
 asi por la necesidad, es decir, los unos
 contra los otros, estaban combatiendo,
 ó amenazándose sin cesar. Aquellos que
 no querian ser conquistadores no po-
 dian dejar las armas de la mano so-
 pena de ser conquistados. Todos com-
 praban su seguridad, su independencia,
 su existencia entera al precio de la guerra.
 Esta era el interes constante, y la ocu-
 pacion casi habitual en los estados libres
 de la antigüedad. Asi era que por un re-
 sultado igualmente necesario de esta
 manera de existir, todos estos estados
 tenían esclavos; y las profesiones mecá-

nicas, y aun en algunas naciones, las industriales, estaban confiadas á manos cargadas de cadenas.

El mundo moderno nos ofrece un espectáculo completamente opuesto. Los menores estados de nuestros dias son incomparablemente mas vastos que Esparta ó que Roma durante cinco siglos. La division misma de la Europa en muchos es, gracias á los progresos de las luces, mas bien aparente que real. Mientras que cada pueblo antiguamente formaba una familia aislada, enemiga nata de otras familias, existe hoy entre nosotros una gran masa de hombres bajo diferentes nombres y bajo diversos modos de organizacion social, pero homogénea en su naturaleza. Ella es bastante fuerte para no tener nada que temer de las hordas bárbaras, y bastante ilustrada para que la guerra pese sobre ella, porque su tendencia uniforme es hácia la paz.

Este diferencia me conduce á otra.

La guerra es anterior al comercio; porque la una y el otro no son sino unos medios diferentes de conseguir el mismo objeto, que es el de poseer aquello que se desea. El comercio no es sino un homenaje hecho á la fuerza del poseedor por el que aspira á la posesion: es una tentativa para obtener de buena voluntad aquello que no se espera conquistar por la violencia. Un hombre, que fuese siempre el mas fuerte, nunca tendria la idea de hacer el comercio. La experiencia es la que probándole que la guerra, es decir, el empleo de su fuerza contra la fuerza de otro, le expone á diversas resistencias y á diversos choques, le inclina á recurrir al comercio, ó lo que es lo mismo, á un medio mas dulce y mas seguro de empeñar el interes de otro á consentir en lo que conviene al suyo propio. La guerra es el impulso, y el comercio el cálculo; pero por esta razon debe llegar una época en que este reem-

place á aquella, y es á la que nosotros hemos llegado.

Yo no quiero decir con esto que no haya habido entre los antiguos pueblos comerciantes ; pero estos pueblos hacian de algun modo una excepcion á la regla general. Los límites de este discurso no me primiten el indicar todos los obstáculos que se oponian entonces á los progresos del comercio ; pero referiré uno solo : la ignorancia de la brújula obligaba á los marinos de la antigüedad á no perder de vista las costas sino todo lo menos que les era posible. Atravesar las columnas de Hércules , es decir, pasar el estrecho de Gibraltar se consideraba como la empresa mas atrevida que podia hacerse. Los Fenicios y Cartagineses, que eran los mas hábiles en la navegacion, no se atrevieron á hacerlo sino muy rara vez, y su ejemplo quedó por mucho tiempo sin ser imitado. En Atenas, de que hablaremos luego, el interes ma-

ritimo era de cerca de sesenta por ciento, al paso que el interes ordinario no era mas que de doce. ; Tanto influia la idea de una navegacion larga en la del peligro !

Ademas, si yo pudiera entregarme á una digresion que habria de ser larga por necesidad, os manifestaria por la pintura individual de las costumbres, de los hábitos, del modo de traficar de los pueblos antiguos comerciantes con los otros pueblos, que hasta su comercio se hallaba impregnado, por decirlo asi, del espíritu de la época, de la atmósfera de la guerra y de la hostilidad que les rodeaba. El comercio entonces era un accidente dichoso ; hoy es el estado ordinario, el objeto único, la tendencia universal y la verdadera vida de las naciones, que apetecen únicamente el descanso, con él la comodidad, y como origen de esta la industria. La guerra es un medio cada dia mas ineficaz de llenar estos deseos. Sus cambios no ofrecen ya á

los individuos ni á la naciones beneficios que igualen á los resultados de un trabajo pacífico, y de unas mudanzas regulares. Entre los antiguos una guerra dichosa aumentaba los esclavos, los tributos y las tierras á la riqueza pública y particular. Entre los modernos una guerra la mas afortunada cuesta infaliblemente mas que vale. En fin, gracias al comercio, á la religion y á los progresos intelectuales y morales de la especie humana, ya no hay esclavos entre las naciones europeas. Los hombres libres son los que deben ejercitar todas las profesiones, y proveer á todas las necesidades de la sociedad.

El resultado de estas diferencias es mas fácil de conocer. La extension de un país disminuye tanto la importancia política, que da muy poca consideracion á la porcion de cada individuo por grande que sea. El republicano mas rudo de Roma ó de Esparta era una potencia. No sucede lo mismo con el simple ciudadano de la

Gran-Bretaña, ó de los Estados-Unidos: su influencia personal es un elemento imperceptible de la voluntad social cuando imprime al gobierno su direccion.

En segundo lugar, la abolicion de la esclavitud quita á la porcion libre todo el holgura que le resultaria de que los esclavos estuviesen encargados de la mayor parte de los trabajos. Sin la poblacion esclava de Atenas veinte mil Atenienses no hubieran podido ir á deliberar todos los dias á la plaza pública.

En tercer lugar, el comercio no deja como la guerra en los hombres sino intervalos de inactividad. El ejercicio perpetuo de los derechos políticos, la discusion diaria de los negocios del estado, las disensiones, los conciliábulos, todo el séquito y movimiento de las facciones, y las agitaciones necesarias, (ocupacion precisa, si es que puedo hablar en estos términos, en la vida de los pueblos libres de la antigüedad, que sin este recurso

hubieran caído bajo el peso de una inacción dolorosa) no hubiesen ofrecido sino confusión y fatiga á las naciones modernas, en las que cada uno entregado á sus especulaciones, á sus empresas, ó á los goces que obtiene ó espera, no quiere ser apartado de todo esto sino momentáneamente y lo menos que le es posible.

En fin, el comercio inspira á los hombres un vivo amor por la independencia individual, socorre sus necesidades, y satisface sus deseos sin intervencion de la autoridad. Esta intervencion es casi siempre, y no sé porqué digo *casi* y no *siempre*, un trastorno, y una mortificación; porque cuando el poder colectivo quiere mezclarse en las especulaciones particulares, incomoda á los especuladores; y cuando los gobiernos pretenden hacer nuestros negocios, nos causan mas mal y mas dispendios sin comparacion que nosotros mismos.

He dicho antes que volveria á hablar

de Atenas, cuyo ejemplo podia oponerse á alguna de mis aserciones; para hacer ver que este por el contrario va á afirmarlas todas. Atenas era, como insinué, de todas las repúblicas griegas la mas comerciante; por lo mismo concedia á sus ciudadanos infinitamente mas libertad individual que Roma y Esparta. Si yo pudiese entrar en los pormenores históricos, haria ver que el comercio habia hecho desaparecer de entre los Atenieses muchas de las diferencias que distinguen á los antiguos de los modernos. El espíritu de los comerciantes de Atenas era igual al de los de nuestros tiempos. Xenofonte nos dice que durante la guerra del Peloponeso salian sus capitales del continente de la Atica, y los enviaban á las Islas del Archipiélago. El comercio habia creado en ellos la circulacion; y leemos en Isócrates ciertas especies sobre el uso de letras de cambio: de lo cual se infiere que sus costumbres se parecian á